

AÑO VII.

EL GRADUADOR N. 2114.

Añoante 25 de Mayo de 1881

Calderon de la Barca.

Quien se humilla, Dios le ensalza; dijo el immortal Cervantes con pleno conocimiento del hombre y la sociedad, y comenzamos la biografía de Calderon, recordando este pensamiento del principio de los ingénios españoles, porque refiriéndole a aquel insigne poeta, es de verdad y oportunidad incuestionable. Pocos escritores del siglo XVII en España, habían nacido mas ventajosamente predispuestos para recibir gloria, honores y riquezas que Calderon; mas aunque levantó el imperio de su ingenio sobre los poetas dramáticos sus contemporáneos, y avasalló la escena, jamás hizo alarde de su superioridad prodigiosa; siempre modesto, afable, cortés y exento del pernicioso amor propio que envanece. Calderon huyó constantemente del fausto y del aparatoso renombre, mereciendo por ello la admiración de los siglos. Ser grande y mostrarse modesto y sencillo, es concierto casi imposible, y quien, como Calderon, ofrezca este milagro, muy justo es que la posteridad le tribute los honores reservados a los hombres extraordinarios, excepcionales.

Acerca del dia en que nació Calderon, no andan acordes sus biógrafos. Bautizado el 14 de Febrero de 1600, en la parroquia de San Martín de la Villa y Corte de Madrid, creyeron, por ello, algunos escritores que había nacido en aquel mes; mas él mismo aseguraba a sus amigos que había visto la luz primera el dia de San Antonio Abad, el 17 de Enero del propio año, y aun se complacía en referir, que los niños de la escuela le apellidaban Peranton, por el santo del dia de su nacimiento y llamarse Pedro. No es fácil investigar en nuestros días, la causa de haber sido bautizado Calderon un mes próximamente después de haber nacido, mas como en averiguarlo no aumentariamos un ápice a su gloria, dejaremos la solución de este problema biográfico a los aficionados a esta clase de estudios. Fueron sus padres D. Diego Calderon de la Barca, empleado ventajosamente en el Consejo de Hacienda, y doña Ana María de Henao y Ríano, oriundos ambos de las montañas de Asturias, donde poseían ricos heredamientos, siendo el D. Diego, señor de la casa de Calderon de Sotillo, en la jurisdicción de Reinosa.

La infancia de Calderon se deslizó tranquila en la villa y corte de Madrid, y como generalmente este primer periodo de la vida, ofrece escasas vicisitudes, siendo en todos los hombres semejante, solo diremos de ella, con referencia a nuestro ilustre poeta, que apenas tuvo uso de razon, frecuentó las escuelas de los mas distinguidos maestros de la villa, y asistió con asiduidad y notable aprovechamiento a las cátedras del famoso colegio Imperial, regentado por padres de la Compañía.

Débese deducir, sin embargo, que las

tareas escolares no ocuparian á nuestro poeta, tan en absoluto, que no le permitieran algun rato de solaz y esparcimiento. La afición grande por la poesía que en él se despertó, no bien aprendiera la gramática, y las notables composiciones hechas a su precoz ingenio, hacen suponer que asistiría con frecuencia á lo que entonces se llamaban corrales de la Cruz y el Príncipe, donde se daban en espectáculo comedias que eran aplaudidas con entusiasmo por un público literato e inteligente, compuesto en su inmensa mayoría de soldados, familiarizados con la lectura de obras selectas: frailes con pretensiones de poetas, nobles letrados, y aun gentes del pueblo con propio discernimiento para juzgar del mérito literario de las obras.

Lo cierto es que, apenas cumplió nueve años de edad, ya hacia versos, y aun eriticos de respetable autoridad sostienen, que á los diez escribió la tercera jornada, ó como hoy se diría, tercer acto de la famosa comedia «El mayor amigo el muerto.» Extraordinaria parece la noticia, mas cualquiera sea el crédito que merezca, es necesario convenir que se halla apoyada en razones de gran valia, y se conservan composiciones auténticas de su precoz ingenio, dadas á luz en aquella edad, las cuales atestiguan de un modo irrecusable, que sus facultades intelectuales se hallaban en estado de concebir grandes ideas, y exponerlas con espléndida galanura de estilo.

Un hecho, bien doloroso para el joven poeta, vino á turbar por algún tiempo sus favoritas ocupaciones; su buena y cariñosa madre doña Ana María Gonzalez de Henao falleció el 21 de Octubre de 1610, dejándole huérfano de sus cuidados en la edad en que mas necesarias eran sus atenciones, para conciliar de fijar en su corazón, de un modo indeleble, los principios de justicia y probidad, que se arraigan fácilmente en él cuando aun no se halla enderezado por la edad y los desengaños de la vida; perdida ciertamente irreparable que debería causar profundo sentimiento en Calderon, pues nacido poeta por naturaleza, se hallaba dotado de sensibilidad esquisita y además amaba entrañablemente á su piadosa madre.

Del colegio Imperial pasó á continuar sus estudios a la famosa Universidad de Salamanca, semillero á la sazon de esclarecidos ingénios, la más antigua de Europa, mas aun que la de Oxford, cuya fundacion, aun que erróneamente, según algunos escritores, data del tiempo de Alfredo el Grande. Durante su permanencia en aquella ciudad, el joven escolar no dejó de cultivar la poesía dramática, sin abandonar, por ello, el estudio de las matemáticas, filosofía, geografía, cronología, historia profana y sagrada, y así al graduarse de licenciado en derecho civil y canónico, tras cinco años de provechosas vigilias, su nombre era ventajosamente conocido en todas las academias y círculos literarios de España, pues sus numerosas comedias ya entonces habían llegado á ser populares.

Terminados sus estudios á los 19 años de

edad, regresó á Madrid á disfrutar las delicias y holgura de la casa paterna. Su reputación de literato, como hemos dicho, era estremada; y porfia los autores de compañías, según se llamaban los empresarios de teatros, se disputaban las producciones del novel dramático, cuya fecundidad no reconocía límites, pudiendo formarse de ellas, cuando cumplió veinte años, una copiosa colección, pues desde los trece, no había dejado de escribirlas, y todas perfectas, siendo la primera «El carro del cielo ó San Elias,» comedia que por desgracia es enteramente desconocida.

La vida de ocios cortesano no debía ser del agrado de Calderon. Dotado de genio vivo y emprendedor, el radio de su villa natal debía serle estrecho, y deseos de ver huevos países vinieron á inquietar su ánimo, cuando se hallaba próximo a cumplir veinte y cinco años de edad. Eran, en aquella época, los campos de Italia y Flandes escuela donde la juventud española daba relevantes pruebas de su proverbial valor e hidalgua; la lucha tenaz y encarnizada que los franceses en ellos sostienen convocaban á cuantos en España de nobles se precisasen; nuestro poeta que en patriotismo e hidalgua pocos les igualaban, resolvió pasar á Milan, afiliándose como soldado á uno de los tercios que en aquel estado hacían la campaña contra franceses y piamonteses coaligados.

Después de visitar las principales ciudades de Lombardia, y de estudiar los mejores escritores de la época del renacimiento, Calderon pasó á Flandes, atravesando la Alemania, por la Wattellina, sin duda formando parte de aquel famoso tercio viejo de Lombardia, que tanta gloria alcanzara en las muchas campañas sostenidas en años anteriores. No constan circunstanciadamente las vicisitudes porque atravesó el insigne poeta durante aquel bullicioso e importante período de su vida; modesto y exento de ambición, jamás se ocupó de sí mismo, ni ocupó cargo alguno en la milicia que le diera importancia personal, no quedando por ello noticia obligada de sus hechos.

La sabia naturaleza ha espaciado sus dones con equidad y justicia, y con ellos ha preparado á cada cual el lugar que debe ocupar en la sociedad. Calderon, sin duda alguna, no había nacido para soldado, no porque le faltase valor, pues le tenía sobrado, sino porque ageno á la ambición de gloria, su ideal era la poesía, y á ella atendía antes que mostrarse duro e inflexible en las batallas, cuyos estragos lamentaba, á fuer de honrado y buen cristiano; así la fama de buen poeta y excelente escritor fué su mayor título de gloria.

Hacia el año 1634, ya había llegado esta a oídos del funesto conde duque de Olivares. La afición desmedida de este monarca á los placeres, y su gusto por las comedias, eran bien conocidos de aquel valido y en procurarle espléndidas fiestas, con el fin de apartarle de las atenciones del gobierno, puso cuidado, y lo llamó á la corte,

Instalado Calderon en Madrid, se dedicó de lleno al cultivo de la poesía dramática, alcanzando por el mérito de sus producciones literarias, inmarcesibles laureles. Una de las primeras comedias que dió á la escena, á su vuelta de Flandes, fué aquella relación histórica del sitio y toma de Breda, de duración estrema. Tanto celebró Felipe IV la comedia de gran aparato titulada «Los tres mayores prodigios», que como muestra de su aprecio y estimación, honró á Calderon, concediéndole el año 1636, luego de estrenarse, un hábito de Santiago, recibiendo su investidura en el siguiente 1637.

Un hecho político de la mayor trascendencia dió motivo á Calderon para hacer largo paréntesis en sus tareas literarias, después de recibir aquella honrosa distinción del monárca. La guerra de Cataluña, originada principalmente por los desaciertos en gran manera censurables, del Conde-duque, causó alarma profunda en todos los que de buenos españoles se preciasen, y obligó á la nación á los más penosos sacrificios para dominar las pretensiones exesivas de aquel principado, y callar sus tumultuarias exigencias. Como se obligó á las órdenes de caballería á salir á campaña, Calderon tuvo que seguir las vicisitudes á que obligaban la fuerza de las circunstancias, y sentó plaza de soldado en la compañía del Conde-duque. El inspirado poeta permaneció en el principado hasta que las fuerzas de los catalanes quedaron quebrantadas y abatidas, y de vuelta á la Corte recibió, en premio de sus señalados servicios, una pensión de treinta escudos al mes sobre la consignación de la artillería.

Después de aquella desastrosa guerra, que puso bien de manifiesto el estado de decadencia á que se hallaba reducida la Nación, se observó en el ánimo del poeta cambio de tendencias y aficiones muy marcadas; parecía que el bullicio de la Corte y sus ruidosas e inútiles fiestas le hastiaban: ¡es que sentía remordimientos por haber coadyuvado con las producciones de su ingenio á los planes palaciegos ruinós del Conde-duque! ¡es que huía de la Corte como para protestar de la corrupción que en ella dominaba! Mas querer investigar los móviles del corazón es meterse en un laberinto de difícilísima salida; solo a los hechos ha de etenerse el biógrafo para deducir de ellos, con inflexible lógica, justas apreciaciones acerca del carácter de sus personajes. De su desvío á la Corte le sustrajo un Real decreto, por el cual el rey nombraba cronista de las fiestas que la villa de Madrid preparaba para recibir á la reina doña María Ana de Austria, su nueva esposa, de modo que por entonces tuvo que abandonar el castillo del duque de Alba, y su compañía, para entrarse de nuevo en la agitada y alegre vida de cortesano.

Grande era la honra que Calderon alcanzaba con el aprecio del monárca, y por ello, y el prestigio que gozaba como eminente y esclarecido ingenio, se le podía considerar como uno de los personajes más distinguidos de la época; mas aquellas mercedes no fueron poderosas para desvanecerle, y como hombre de sano y recto criterio, media desde la cumbre de su gloria, lo superfluo e inútil de tanto aparato de grandeza, mientras que los ejércitos, exhaustos y abatidos eran impotentes para tener á raya á los numerosos enemigos de España, que iban apode-

rándose una á una de las más ricas de nuestras provincias.

Nada fué obstáculo para contener á Calderon en sus propósitos, y para realizarlos, resolvió abrazar el estado eclesiástico, alcanzando en 1651 una real cédula por la que el Consejo de las Ordenes militares le permitía consagrarse al sacerdocio, y entró luego de recibir las sagradas órdenes, en posesión de la capellania que en 1672 fundó su abuela materna Inés Riaño. A contar desde esta fecha, Calderon, hizo formal empeño de no escribir comedias, á no ser á instancia del rey y para sus fiestas. Su nuevo estado le impuso nuevo deberes, y como no pudiera libertarse de su manía de escribir versos, consagró su número poético á cantar y glorificar la más augusta de las festividades de nuestra santa religión «El Corpus Christi», y así como antes brotaron de su pluma comedias profanas, prodigios de perfección, ahora habían de ser autos sacramentales, que en gusto y belleza, en nada cedían á aquellas primeras producciones.

Con el fin de vivir alejado de Madrid, y quedar más en libertad para dedicarse á la meditación y estudio, obtuvo en 1653 del monarca, una de las capellanías de los Reyes nuevos de Toledo, de la que tomó posesión el 19 de Junio del mismo año; aun en el retiro, no pudo librarse de las solícitas exigencias de sus admiradores: entonces viósele ir y venir de Toledo á Madrid, bien para complacer á Felipe IV en sus fiestas reales, bien al Ayuntamiento de la Villa, á quien proveía anualmente de autos sacramentales para la festividad del Corpus. Calderon llegaba ya en su edad á los 60 años, y semejantes frecuentes visitas le eran en extremo pesadas y enojosas; así lo comprendió el rey y en 1663, con el fin de librarse de aquellos viajes, y poder con mayor facilidad utilizar sus servicios, le confirió otra capellania de honor en su real capilla.

Rico, honrado y famoso cortesano, Calderon no por ello traspasó los límites en sus pretensiones de una modesta medianía, alzándose con la monarquía de la escena y avasallando á farsantes y autores de compañías, jamás se le vió hacerse rogar ni ejercer el imperio de su prestigio personal con dureza ó altivez. Según costumbre de la época, el autor de una comedia dirigía por sí mismo sus ensayos, y era de ver al ilustre sexagenario acudir al obrador de la Villa, almacén ó depósito, en las afueras de Madrid, lugar donde se ensayaban los autos sacramentales, mucho antes de salir el sol, aun de noche, para preparar la buena representación de sus piezas sacro-dramáticas.

Ya que la fuerza de las circunstancias obligó á Calderon á conducirse siempre como joven, apesar de sus setenta años, se dejó llevar por ellas, y aun haciendo traición á la vejez se deslizaron sobre su vida otros diez años más, sin que sus poderosas facultades intelectuales sufrieron la menor depresión, ni su jovialidad y buen humor sufriese el menor contratiempo. Un día, cumplidos ya sus ochenta años, al ir á dirigir el ensayo de una de sus comedias, sufrió una fuerte caída, por la que se vió obligado á guardar cama muchos días; aquel incidente fué precursor de mayores males; las fuerzas físicas del ilustre poeta parecían próximas á agotarse, y sin embargo Calderon aun escribió por entonces su famosa comedia «Hado y divisa de Leonido y Mar-

fisa» que había de ser la última de sus producciones dramáticas, con el mismo ingenio, con la misma valentía que lo hiciera durante los mejores días de su juventud.

Calderon, el autor dramático por excelencia, se hallaba próximo á terminar su gloriosa vida, cuando compuso el auto sacramental titulado «La Divina Filotea», que se representó en la festividad del Corpus de 1681. Escribió también un índice de seis obras dramáticas y moviéndose á redactar aquel interesante documento los desafueros de los mercaderes de libros, que para asegurar su ganancia prohibían comedias, haciendo lo más pasar como suyas.

Bien fuése consecuencia de la cahida que sufrió, a las que antes nos hemos referido, bien por enfermedad sobrevenida al ilustre poeta á principios de Abril de 1681, Calderon vióse obligado a hacer cama en aquel mes, y agravándose sus dolencias, y preveyendo su próximo fin, otorgó su testamento, en el que nombró por heredera de todos sus bienes á la congregación de Presbíteros naturales de Madrid, y por usufructuaria de sus rentas á su hermana D. Dorotea, monja profesa en el real convento de Santa Clara de Toledo. Así dispuestas sus cosas y preparado su espíritu convenientemente, con la calma y resignación de un sabio y un santo exhaló su último suspiro, á 25 de Mayo de aquel año 1681, en el cuarto principal de la casa de la antigua calle de Platerías, y hoy calle Mayor núm. 4, en cuya casa se lee una lápida que dice: «Aquí murió D. Pedro Calderon de la Barca.»

Sus funerales fueron dignos del agradecimiento de la congregación á que pertenecía, y su cadáver fué sepultado en la mañana del siguiente día 26, en la capilla de S. José de la iglesia de San Salvador, donde permanecieron sus restos hasta el 12 de Junio de 1840, que fueron trasladados á la Sacramental de San Nicolás, en las afueras de la puerta de Atocha, donde se depositaron provisionalmente.

Tal fué la vida del ilustre dramático español, cuyas magníficas obras sirvieron de modelo á los más celebrados ingenios de Francia e Italia, y han dado constantemente materia y muy abundante, para que ejercitasen su talento los críticos de todas las naciones.

Calderon no tuvo descendientes directos; su único sobrino D. José, hijo de su hermano mayor D. Diego, también falleció sin sucesión en 1655: los únicos individuos de la familia del ilustre poeta que en la actualidad vienen, descendientes de D. Diego González de Henao y D. Inés Riaño, sus abuelos maternos, son la Excmo. Señora D. Fernanda García Alesón, condesa del Asalto, casada con el Excmo. Sr. D. Carlos de Morenes, Barón de las Cuatro Torres y las Excelentísimas Sras. D. Concepción García Alesón y Pardo Rivadeneira.

Benedicto Mollá.

ALA MEMORIA DE CALDERON.

Hoy damos de mano á la política, y este grato paréntesis que abrimos mediante el periodo de calma y de tregua entre las agitadas contiendas de los partidos locales, consagrando debemos al preclaro recuerdo de las patrias letras, del poeta insigne que há dos siglos fué admiración de Es-

paña y del mundo; que en este país clásico del honor y de la hidalguía, del culto y del amor á las glorias nacionales, están siempre unidos los corazones cuando de grandes regocijos, ó de las más tristes desgracias, se trata.

Sentimos verdadero y noble orgullo en decirlo: nuestra nación es sin disputa, constantemente de las que más y mejor saben honrar la memoria de sus ilustres hijos.

Lo primero que admiran los extranjeros en este país es nuestra caballerosidad, nuestra veneración al talento y nuestro olvido de todo género de diferencias en momentos decisivos y de satisfacción para la patria.

Por eso hoy todos los españoles sin distinción alguna, se confunden y se abrazan en mismo deseo, en contribuir á dar el mayor esplendor á la memoria del que en excelentes obras y admirables versos, reflejó el carácter nacional de su época.

Representantes ó comisiones numerosas de todos los pueblos, de todas las provincias de España acuden hoy á Madrid, á ese populoso e ilustrado centro que, ataviado con las mejores y más ricas galas, se esfuerza primero en recibir dignamente á los distinguidos personajes del extranjero que les honran con su presencia y en dar después á la gran fiesta que celebramos, toda la brillantez y todo el esplendor que merece el gran vate e insigne dramaturgo D. Pedro Calderon de la Barca.

Todos los pueblos y todas las clases sociales, incluso la nobleza, celebran hoy en España el recuerdo de Calderon, y cada cual en la medida de sus fuerzas rinde tributo de admiración al genio, demostrando así que todo sigue la ley civilizadora del progreso y que, á medida que esto sucede, ganamos en sentimientos y costumbres, desapareciendo las ideas caducas y anticristianas que tenían alejados, ó en sorda lucha de odios y rencores, al noble y al plebeyo, al rico y al pobre por el triste privilegio de la sangre y del dinero.

Así se comprende el maravilloso influjo de la virtud y del talento, emblemas inapreciables del hombre, ante los cuales no existen superioridades ficticias, ni rancios pergaminos, ni poder humano que no se sienta inferior á tanta grandeza y tanto renombre.

Pero donde con más propiedad y mayor brillo se refleja durante este día el carácter nacional de nuestro tiempo, la esplendidez de esta gran fiesta y la fraternidad que con tal motivo reina entre todos los españoles, es en la Capital de España, en Madrid. Allí la aristocracia, los industriales, los artistas, los comerciantes, los sabios, los literatos, la milicia, los sacerdotes, y cuantos representan la vida y los sentimientos de la nación, contribuyen igualmente á sombrar de laureles los pies de la estatua de Calderon.

Nosotros celebramos también con entusiasmo la fiesta que la Nación dedica al más sublime de los poetas españoles que honraron con sus obras la escena española y enaltecieron el nombre de España con

